

Sombras

Por Blanca Aurora Mondragón

Ayer fue el día de las sombras. Durante este extraño y enervante domingo me visitaron otra vez las sombras (ya no puedo más, la locura vuelve. Me estoy volviendo loca no sé si otra vez o por primera vez o milésima vez, creo que novecientas cuarenta y una veces me he vuelto loca).

Ayer vi las sombras por la casa. Escuché voces y ruidos. Las veía cruzar, sonriendo fugaces. Las paredes amarillas de mi casa recibían gozosas las ráfagas, aquí, allá. Me gusta que estén las sombras, que me habiten. Pero me da miedo. No las sombras sino el hecho. El antiquísimo sopor en medio de los ojos; en los ojos. Las nubes que no se pueden respirar cubren mis ojos, los cierran.

El cuerpo pesado sólo se tira en el sillón amarillo. Miro hacia los rincones y veo arañas. Corren y desaparecen a través de las paredes hacia la calle. Oigo los pasos de las arañas; el paso de las arañas en este universo que nunca más puede ser sólido. Que nunca para mí ha sido sólido sino lleno de un movimiento a veces acompasado otras veces caótico, líquido y terrible. Veo telarañas que se funden con las paredes y dejan su impronta en forma de red.

La red no me atrapa; me deja a la deriva hundiendo el cuerpo en el sillón. No, no quiero moverme aunque pudiera. Tengo voluntad, pero me han desconectado, como un robot al que le quitan la pila o una radio cuyo cable es arrebatado sin delicadeza alguna.

Mi rostro cae, la barbilla se hunde en el suéter que debió haberse lavado hace tiempo. No quiero lavar el suéter, quiero cubrirme los ojos y la cabeza con él. No quiero jugar con el suéter. Quiero que me desaparezca de este plano terrenal y me lleve al mundo de las sombras, los ruidos y las voces. Quiero hundirme en el suéter que huele a mí de tantos días. Quiero dormir, vulnerar el universo, callar para siempre.

Quiero que alguien me devuelva algún trozo de vida, que me conecte o me entregue a las sombras de una vez, como ofrenda a un dios sangriento. Por favor. Quiero desconocerme a mí misma y tomar un rumbo siempre inconcluso, siempre lejano, siempre hasta allá. O, por favor, algo concreto.

El cenicero me queda lejos. Da igual, no estoy fumando de todas maneras. Tengo las manos escondidas bajo las axilas y las aprieto contra el cuerpo. Mi cuerpo tiembla como si quisiera sacudirse el sopor, el hastío, el qué sé yo.

Otra vez me hago un feto bien apretado en el sillón. Cierro los ojos fuertemente. Tiemblan. Las sombras vuelven, están cerca. Aprieto y ellas me cubren como una delicada manta en tiempos de frío. Me absorben las voces, los ruidos, las sombras.

Las sombras sí son negras y ciegan mis ojos, anegan olfato, oído, tacto. Se meten por la boca y me inundan. ¡Qué bien se sienten las sombras! Aprietan las sombras y me van haciendo pequeña como un gatito recién nacido.

Soy oscura y con voces. Soy un punto en el sillón amarillo. Soy ellas; soy nada. Soy sombras que explotan hacia dentro en su eterno resplandor nocturno. 



Ilustración: Mary Carmen Zepeda



Blanca Aurora Mondragón es una reconocida escritora mexicana. Algunos de sus libros publicados son *No sé cómo decírtelo pero creo que la gente lo sabe*, *Yo creo*, *Cotidiana* y *Apuntes de Lilith*. Es maestra en Humanidades: Estudios Literarios por la UAEM y doctorante en la misma área de especialización. Actualmente está adscrita al Instituto de Investigación de Estudios sobre la Universidad de esta casa de estudios.

